

## **Mensaje del Papa Francisco para la LVI Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones (2019)**

### **La valentía de arriesgar por la promesa de Dios**

Queridos hermanos y hermanas:

Después de haber vivido, el pasado octubre, la vivaz y fructífera experiencia del Sínodo dedicado a los jóvenes, hemos celebrado recientemente la 34ª Jornada Mundial de la Juventud en Panamá. Dos grandes eventos, que han ayudado a que la Iglesia prestase más atención a la voz del Espíritu y también a la vida de los jóvenes, a sus interrogantes, al cansancio que los sobrecarga y a las esperanzas que albergan.

Quisiera retomar lo que compartí con los jóvenes en Panamá, para reflexionar en esta Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones sobre cómo la llamada del Señor nos hace portadores de una promesa y, al mismo tiempo, nos pide la valentía de arriesgarnos con él y por él. Me gustaría considerar brevemente estos dos aspectos, la promesa y el riesgo, contemplando con vosotros la escena evangélica de la llamada de los primeros discípulos en el lago de Galilea (Mc 1,16-20).

Dos parejas de hermanos –Simón y Andrés junto a Santiago y Juan–, están haciendo su trabajo diario como pescadores. En este trabajo arduo aprendieron las leyes de la naturaleza y, a veces, tuvieron que desafiarlas cuando los vientos eran contrarios y las olas sacudían las barcas. En ciertos días, la pesca abundante recompensaba el duro esfuerzo, pero otras veces, el trabajo de toda una noche no era suficiente para llenar las redes y regresaban a la orilla cansados y decepcionados.

Estas son las situaciones ordinarias de la vida, en las que cada uno de nosotros ha de confrontarse con los deseos que lleva en su corazón, se esfuerza en actividades que confía en que sean fructíferas, avanza en el “mar” de muchas posibilidades en busca de la ruta adecuada que pueda satisfacer su sed de felicidad. A veces se obtiene una buena pesca, otras veces, en cambio, hay que armarse de valor para pilotar una barca golpeada por las olas, o hay que lidiar con la frustración de verse con las redes vacías.

Como en la historia de toda llamada, también en este caso se produce un encuentro. Jesús camina, ve a esos pescadores y se acerca... Así sucedió con la persona con la que elegimos compartir la vida en el matrimonio, o cuando sentimos la fascinación de la vida consagrada: experimentamos la sorpresa de un encuentro y, en aquel momento, percibimos la promesa de una alegría capaz de llenar nuestras vidas. Así, aquel día, junto al lago de Galilea, Jesús fue al encuentro de aquellos pescadores, rompiendo la «parálisis de la normalidad» (Homilía en la 22ª Jornada Mundial de la Vida Consagrada, 2 febrero 2018). E inmediatamente les hizo una promesa: «Os haré pescadores de hombres» (Mc 1,17).

La llamada del Señor, por tanto, no es una intromisión de Dios en nuestra libertad; no es una “jaula” o un peso que se nos carga encima. Por el contrario, es la iniciativa amorosa con la que Dios viene a nuestro encuentro y nos invita a entrar en un gran proyecto, del que quiere que participemos, mostrándonos en el horizonte un mar más amplio y una pesca sobreabundante.

El deseo de Dios es que nuestra vida no acabe siendo prisionera de lo obvio, que no se vea arrastrada por la inercia de los hábitos diarios y no quede inerte frente a esas elecciones que podrían darle sentido. El Señor no quiere que nos resignemos a vivir la jornada pensando que, a fin de cuentas, no hay nada por lo que valga la pena comprometerse con pasión y extinguiendo la inquietud interna de buscar nuevas rutas para nuestra navegación. Si alguna vez nos hace experimentar una “pesca milagrosa”, es porque quiere que descubramos que cada uno de nosotros está llamado –de diferentes maneras–, a algo grande, y que la vida no debe quedar atrapada en las redes de lo absurdo y de lo que anestesia el corazón. En definitiva, la vocación es una invitación a no quedarnos en la orilla con las redes en la mano, sino a seguir a Jesús por el camino que ha pensado para nosotros, para nuestra felicidad y para el bien de los que nos rodean.

Por supuesto, abrazar esta promesa requiere el valor de arriesgarse a decidir. Los primeros discípulos, sintiéndose llamados por él a participar en un sueño más grande, «inmediatamente dejaron sus redes y lo siguieron» (Mc 1,18). Esto significa que para seguir la llamada del Señor debemos implicarnos con todo nuestro ser y correr el riesgo de enfrentarnos a un desafío desconocido; debemos dejar todo lo que nos puede mantener amarrados a nuestra pequeña barca, impidiéndonos tomar una decisión definitiva; se nos pide esa audacia que nos impulse con fuerza a descubrir el proyecto que Dios tiene para

nuestra vida. En definitiva, cuando estamos ante el vasto mar de la vocación, no podemos quedarnos a reparar nuestras redes, en la barca que nos da seguridad, sino que debemos fiarnos de la promesa del Señor.

Me refiero sobre todo a la llamada a la vida cristiana, que todos recibimos con el bautismo y que nos recuerda que nuestra vida no es fruto del azar, sino el don de ser hijos amados por el Señor, reunidos en la gran familia de la Iglesia. Precisamente en la comunidad eclesial, la existencia cristiana nace y se desarrolla, sobre todo gracias a la liturgia, que nos introduce en la escucha de la Palabra de Dios y en la gracia de los sacramentos; aquí es donde desde la infancia somos iniciados en el arte de la oración y del compartir fraterno. La Iglesia es nuestra madre, precisamente porque nos engendra a una nueva vida y nos lleva a Cristo; por lo tanto, también debemos amarla cuando descubramos en su rostro las arrugas de la fragilidad y del pecado, y debemos contribuir a que sea siempre más hermosa y luminosa, para que pueda ser en el mundo testigo del amor de Dios.

La vida cristiana se expresa también en esas elecciones que, al mismo tiempo que dan una dirección precisa a nuestra navegación, contribuyen al crecimiento del Reino de Dios en la sociedad. Me refiero a la decisión de casarse en Cristo y formar una familia, así como a otras vocaciones vinculadas al mundo del trabajo y de las profesiones, al compromiso en el campo de la caridad y de la solidaridad, a las responsabilidades sociales y políticas, etc. Son vocaciones que nos hacen portadores de una promesa de bien, de amor y de justicia no solo para nosotros, sino también para los ambientes sociales y culturales en los que vivimos, y que necesitan cristianos valientes y testigos auténticos del Reino de Dios.

En el encuentro con el Señor, alguno puede sentir la fascinación de la llamada a la vida consagrada o al sacerdocio ordenado. Es un descubrimiento que entusiasma y al mismo tiempo asusta, cuando uno se siente llamado a convertirse en “pescador de hombres” en la barca de la Iglesia a través de la donación total de sí mismo y empeñándose en un servicio fiel al Evangelio y a los hermanos. Esta elección implica el riesgo de dejar todo para seguir al Señor y consagrarse completamente a él, para convertirse en colaboradores de su obra. Muchas resistencias interiores pueden obstaculizar una decisión semejante, así como en ciertos ambientes muy secularizados, en los que parece que ya no hay espacio para Dios y para el Evangelio, se puede caer en el desaliento y en el «cansancio de la esperanza»

(Homilía en la Misa con sacerdotes, personas consagradas y movimientos laicos, Panamá, 26 enero 2019).

Y, sin embargo, no hay mayor gozo que arriesgar la vida por el Señor. En particular a vosotros, jóvenes, me gustaría deciros: No seáis sordos a la llamada del Señor. Si él os llama por este camino no recojáis los remos en la barca y confiad en él. No os dejéis contagiar por el miedo, que nos paraliza ante las altas cumbres que el Señor nos propone. Recordad siempre que, a los que dejan las redes y la barca para seguir al Señor, él les promete la alegría de una vida nueva, que llena el corazón y anima el camino.

Queridos amigos, no siempre es fácil discernir la propia vocación y orientar la vida de la manera correcta. Por este motivo, es necesario un compromiso renovado por parte de toda la Iglesia –sacerdotes, religiosos, animadores pastorales, educadores– para que se les ofrezcan, especialmente a los jóvenes, posibilidades de escucha y de discernimiento. Se necesita una pastoral juvenil y vocacional que ayude al descubrimiento del plan de Dios, especialmente a través de la oración, la meditación de la Palabra de Dios, la adoración eucarística y el acompañamiento espiritual.

Como se ha hablado varias veces durante la Jornada Mundial de la Juventud en Panamá, debemos mirar a María. Incluso en la historia de esta joven, la vocación fue al mismo tiempo una promesa y un riesgo. Su misión no fue fácil, sin embargo no permitió que el miedo se apoderara de ella. Su sí «fue el “sí” de quien quiere comprometerse y el que quiere arriesgar, de quien quiere apostar todo, sin más seguridad que la certeza de saber que era portadora de una promesa. Y yo les pregunto a cada uno de ustedes. ¿Se sienten portadores de una promesa? ¿Qué promesa tengo en el corazón para llevar adelante? María tendría, sin dudas, una misión difícil, pero las dificultades no eran una razón para decir “no”. Seguro que tendría complicaciones, pero no serían las mismas complicaciones que se producen cuando la cobardía nos paraliza por no tener todo claro o asegurado de antemano» (Vigilia con los jóvenes, Panamá, 26 enero 2019).

En esta Jornada, nos unimos en oración pidiéndole al Señor que nos descubra su proyecto de amor para nuestra vida y que nos dé el valor para arriesgarnos en el camino que él ha pensado para nosotros desde la eternidad.

## **Palabras de Jesús en la Cruz**

“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34).

“Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso” (Lc 23,43).

“Mujer, ahí tienes a tu hijo... Ahí tienes a tu Madre” (Jn 19,26-27).

“¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27,46; Mc 15,34).

“Tengo sed” (Jn 19,28).

“Todo está cumplido” (Jn 19,30).

“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc 23,46).

## **Palabras de Jesús resucitado a sus discípulos**

“Alegraos, no tengáis miedo” (Mt 28,8-15).

“¿Por qué lloras?”, “A quién buscas?” (Jn 20,11-18).

“Qué necios y torpes sois para creer lo que anunciaron los profetas. ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto para entrar en su gloria?” (Lc 24,13-35).

“Paz a vosotros”, “¿Por qué os alarmáis?, “¿Por qué surgen dudas en vuestro interior?” (Lc 24,35-48).

“Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona”, “Palpadme y daos cuenta de que un fantasma no tiene carne y huesos, como véis que yo tengo” (Lc 24,35-48).

“Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis”, “Vamos, almorzad”, “Traed de los peces que acabáis de coger” (Jn 21,1-14).

“Id al mundo entero y predicad el Evangelio a toda la creación” (Mc 16,9-15).

“Paz a vosotros: como el Padre me ha enviado, así también os envío yo”, “Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis les quedan retenidos”, “Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente”, “Dichosos los que crean sin haber visto” (Jn 20,19-31).

“¿Me amas más que éstos? Apacienta mis corderos, ... pastorea mis ovejas”, “Sígueme” (Jn 21,1-19).

“Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos de todos los pueblos bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”, “Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,16-20).

“Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación. El que crea y sea bautizado se salvará; el que no crea será condenado” (Mc 16,15-20).

## **El Sucesor de Pedro nos anima**

“En la situación actual en que muchos de vosotros os veis obligados a organizar la vida eclesial con pocos presbíteros, es importante evitar que esa situación sea considerada normal o típica del futuro [...], debéis concentrar vuestros esfuerzos en despertar nuevas vocaciones sacerdotales y encontrar los pastores indispensables a vuestras diócesis, ayudándoos mutuamente para que todos dispongan de presbíteros mejor formados y más numerosos para sustentar la vida de fe y la misión apostólica de los fieles”<sup>1</sup>.

“La disminución del número de sacerdotes no se debe percibir como un proceso inevitable. El Concilio Vaticano II afirmó con fuerza que la Iglesia no puede prescindir del ministerio de los sacerdotes. Por lo tanto, es necesario y urgente darle el lugar que se merece y reconocer su carácter sacramental insustituible. De ahí deriva la necesidad de una amplia y seria pastoral de las vocaciones, basada en la ejemplaridad de la santidad de los sacerdotes, en la atención a las semillas de vocación presentes entre los jóvenes y en la oración asidua y confiada, según la recomendación de Jesús (cf. Mt 9, 37)”<sup>2</sup>.

“Subrayad el papel indispensable del sacerdote en la vida de la Iglesia, sobre todo al celebrar la Eucaristía, mediante la cual la Iglesia misma recibe la vida”<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso a los obispos brasileños de la Región Nordeste 2 en visita “ad limina Apostolorum”* (17 de septiembre de 2009).

<sup>2</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso a los obispos de Bélgica en visita “ad limina Apostolorum”* (8 de mayo de 2010).

<sup>3</sup> BENEDICTO XVI, *Discurso a los obispos de Escocia en visita “ad limina Apostolorum”* (5 de febrero de 2010).

“Especialmente en nuestro tiempo en el que la voz del Señor parece ahogada por *otras voces* y la propuesta de seguirlo, entregando la propia vida, puede parecer demasiado difícil, toda comunidad cristiana, todo fiel, debería asumir conscientemente el compromiso de promover las vocaciones. Es importante alentar y sostener a los que muestran claros indicios de la llamada a la vida sacerdotal y a la consagración religiosa, para que sientan el calor de toda la comunidad al decir *sí* a Dios y a la Iglesia. [...]. *Proponer las vocaciones en la Iglesia local* significa tener la valentía de indicar, a través de una pastoral vocacional atenta y adecuada, este camino arduo del seguimiento de Cristo, que, al estar colmado de sentido, es capaz de implicar toda la vida. [...] A los sacerdotes les recomiendo que sean capaces de dar testimonio de comunión con el obispo y con los demás hermanos, para garantizar el *humus* vital a los nuevos brotes de vocaciones sacerdotales. [...] La capacidad de cultivar las vocaciones es un signo característico de la vitalidad de una Iglesia local”<sup>4</sup>.

“Cuanto más descristianizado se halla el mundo o más falto de madurez en su fe, tanto más tiene necesidad también de sacerdotes que estén totalmente dedicados a dar testimonio de la plenitud del misterio de Cristo. Esta es la seguridad que ha de sostener nuestro propio celo sacerdotal, la perspectiva que ha de incitarnos a fomentar con todas nuestras fuerzas, con la oración, el testimonio, la llamada y la formación, las vocaciones de sacerdotes y de diáconos”<sup>5</sup>.

“La alegría del Evangelio es esa que nada ni nadie nos podrá quitar (cf. Jn 16,22). Los males de nuestro mundo -y los de la Iglesia- no deberían ser excusas para reducir nuestra entrega y nuestro fervor. Mirémoslos como desafíos para crecer. Además, la mirada creyente es capaz de reconocer la luz que siempre derrama el Espíritu Santo en medio de la oscuridad, sin olvidar que «donde abundó el pecado sobreabundó la gracia» (Rm 5,20). Nuestra fe es desafiada a vislumbrar el vino en que puede convertirse el agua y a descubrir el trigo que crece en medio de la cizaña. A cincuenta años del Concilio Vaticano II, aunque nos duelan las miserias de nuestra época y estemos lejos de optimismos ingenuos, el mayor realismo no debe significar menor confianza en el Espíritu ni menor generosidad [...].

---

<sup>4</sup> BENEDICTO XVI, *Mensaje para la XLVIII Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones* (2011).

<sup>5</sup> JUAN PABLO II, *Alocución al clero de París en la Catedral de Notre-Dame* (30 de mayo de 1980), 3.

Una de las tentaciones más serias que ahogan el fervor y la audacia es la conciencia de derrota que nos convierte en pesimistas quejosos y desencantados con cara de vinagre. Nadie puede emprender una lucha si de antemano no confía plenamente en el triunfo. El que comienza sin confiar perdió de antemano la mitad de la batalla y entierra sus talentos. Aun con la dolorosa conciencia de las propias fragilidades, hay que seguir adelante sin declararse vencidos, y recordar lo que el Señor dijo a san Pablo: «Te basta mi gracia, porque mi fuerza se manifiesta en la debilidad» (2 Co 12,9). El triunfo cristiano es siempre una cruz, pero una cruz que al mismo tiempo es bandera de victoria, que se lleva con una ternura combativa ante los embates del mal. El mal espíritu de la derrota es hermano de la tentación de separar antes de tiempo el trigo de la cizaña, producto de una desconfianza ansiosa y egocéntrica.

Es cierto que en algunos lugares se produjo una «desertificación» espiritual, fruto del proyecto de sociedades que quieren construirse sin Dios o que destruyen sus raíces cristianas. Allí el mundo cristiano se está haciendo estéril, y se agota como una tierra sobreexplotada, que se convierte en arena. En otros países, la resistencia violenta al cristianismo obliga a los cristianos a vivir su fe casi a escondidas en el país que aman. Ésta es otra forma muy dolorosa de desierto. También la propia familia o el propio lugar de trabajo puede ser ese ambiente árido donde hay que conservar la fe y tratar de irradiarla. Pero precisamente a partir de la experiencia de este desierto, de este vacío, es como podemos descubrir nuevamente la alegría de creer, su importancia vital para nosotros, hombres y mujeres. En el desierto se vuelve a descubrir el valor de lo que es esencial para vivir; así, en el mundo contemporáneo, son muchos los signos de la sed de Dios, del sentido último de la vida, a menudo manifestados de forma implícita o negativa. Y en el desierto se necesitan sobre todo personas de fe que, con su propia vida, indiquen el camino hacia la Tierra prometida y de esta forma mantengan viva la esperanza. En todo caso, allí estamos llamados a ser personas-cántaros para dar de beber a los demás. A veces el cántaro se convierte en una pesada cruz, pero fue precisamente en la cruz donde, traspasado, el Señor se nos entregó como fuente de agua viva. ¡No nos dejemos robar la esperanza!”<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> FRANCISCO, Exhortación apostólica post-sinodal *Evangelii gaudium* (2013), 84-86.



## **Sobre la humildad y la paz (Tomás de Kempis, *La imitación de Cristo*)**

No te importe mucho quién está por ti o contra ti, sino busca y procura que esté Dios contigo en todo lo que haces.

Ten buena conciencia y Dios te defenderá.

Al que Dios quiere ayudar no le podrá dañar la malicia de alguno.

Si sabes callar y sufrir, sin duda verás el favor de Dios.

Él sabe el tiempo y el modo de librarte, y por eso te debes ofrecer a él.

A Dios pertenece ayudar y librar de toda confusión.

Algunas veces conviene mucho, para guardar mayor humildad, que otros sepan nuestros defectos y los reprendan.

Cuando un hombre se humilla por sus defectos, entonces fácilmente aplaca a los otros y sin dificultad satisface a los que lo odian. Dios defiende y libra al humilde; al humilde ama y consuela; al hombre humilde se inclina; al humilde concede gracia, y después de su abatimiento lo levanta a gran honra.

Al humilde descubre sus secretos y lo atrae dulcemente a sí y lo convida.

El humilde, recibida la afrenta, está en paz, porque está en Dios y no en el mundo.

No pienses haber aprovechado algo, si no te estimas por el más inferior a todos.

Ponte primero a ti en paz, y después podrás apaciguar a los otros.

El hombre pacífico aprovecha más que el muy letrado.

El hombre apasionado aun el bien convierte en mal, y de ligero cree lo malo.

El hombre bueno y pacífico todas las cosas echa a buena parte.

El que está en buena paz de ninguno sospecha.

El descontento y alterado, con diversas sospechas se atormenta; ni él sosiega ni deja descansar a los otros. Dice muchas veces lo que no debiera, y deja de hacer lo que más le convendría. Piensa lo que otros deben hacer, y deja él sus obligaciones.

Ten, pues, primero celo contigo, y después podrás tener buen celo con el prójimo. Tú sabes excusar y disimular muy bien tus faltas y no quieres oír las disculpas ajenas.

Más justo sería que te acusases a ti, y excusases a tu hermano.

Sufre a los otros si quieres que te sufran.

## **Diez consejos de *La Imitación de Cristo* (Tomás de Kempis)**

1. No son los discursos profundos los que santifican a una persona, sino la vida virtuosa.
2. El amor de Jesús es seguro y constante, no defrauda.
3. El día del juicio, no se nos va a preguntar qué noticias curiosas leímos, sino qué obras buenas hicimos.
4. Mírate a ti mismo y guárdate de juzgar lo que hacen los demás. Juzgar a otros es una ocupación vana, que nos lleva a equivocarnos muchas veces y a pecar frecuentemente. Juzgarte a ti mismo siempre da fruto.
5. Dichoso quien comprende lo que es amar a Jesús y ser capaces de sacrificarse por Él.
6. Es necesario dejar otros amores por el amado, porque Jesús quiere que le amemos a Él en primer lugar.
7. Si tu consuelo y alegría son las personas, la mayoría de las veces sólo hallarás pérdidas y desconsuelos; si sólo te fijas en sus apariencias, te engañarás muy fácilmente.
8. Si sólo te buscas a ti, solo ti te encontrarás, pero para tu ruina, porque buscándote para tu egoísmo, te haces más daño a ti mismo que todo lo que te pudieran hacer tus enemigos, aunque éstos fueran el mundo entero.
9. Si en todo buscas a Jesús, de seguro hallarás a Jesús.
10. Quieras o no quieras, al fin tendrás que separarte de todo lo que es simplemente terrenal. Un día tendrás que abandonar todo esto. Confía en Jesús en la vida y en la muerte. Cuando todo te falle, Él no te fallará.

## **Oración del abandono (Bto. Carlos de Foucauld)**

Padre, me abandono en tus manos, haz de mí lo que quieras, sea lo que sea te doy las gracias.

Estoy dispuesto a todo, lo acepto todo, con tal de que tu voluntad se cumpla en mí y en todas tus criaturas. No deseo nada más, Padre.

Te confío mi alma, yo te la doy con todo el amor de que soy capaz, porque te amo y necesito darme darme, ponerme en tus manos sin medida, con infinita confianza, porque Tú eres mi Padre.

## **Oración del abandono (Sta. Edith Stein)**

Déjame, Señor, seguir ciegamente tus senderos. No quiero buscar comprender tus caminos; soy tu hija, Tú eres el Padre de la sabiduría y eres también mi Padre, y me guías en la noche; llévame a Ti.

Señor, que se haga tu voluntad: ¡Estoy lista! También si en este mundo no apagas ninguno de mis deseos, Tú eres el Señor del tiempo, el momento te pertenece, tu eterno presente quiero hacerlo mío, realiza en mí lo que en tu Sabiduría preves: si me llamas al ofrecimiento en el silencio, ayúdame a responder, haz que cierre los ojos a todo lo que soy, para que, muerta a mí misma, no viva sino para Ti.

## **Letanías de la humildad (Cardenal Rafael Merry del Val)**

Jesús manso y humilde de Corazón, óyeme.

Del deseo de ser estimado, líbrame Jesús.

Del deseo de ser alabado

Del deseo de ser honrado

Del deseo de ser aplaudido

Del deseo de ser preferido a otros

Del deseo de ser consultado

Del deseo de ser aceptado

Del temor de ser humillado

Del temor de ser despreciado

Del temor de ser reprendido

Del temor de ser calumniado

Del temor de ser olvidado

Del temor de ser puesto en ridículo

Del temor de ser injuriado

Del temor de ser juzgado con malicia

Que otros sean más estimados que yo, Jesús dame la gracia de desearlo.

Que otros crezcan en la opinión del mundo y yo me eclipse.

Que otros sean alabados y de mí no se haga caso.

Que otros sean empleados en cargos y a mí se me juzgue inútil.

Que otros sean preferidos a mí en todo.

Que los demás sean más santos que yo con tal que yo sea todo lo santo que pueda.

Oh Jesús que, siendo Dios, te humillaste hasta la muerte, y muerte de cruz, para ser ejemplo perenne que confunda nuestro orgullo y amor propio. Concédenos la gracia de aprender y practicar tu ejemplo, para que humillándonos como corresponde a nuestra miseria aquí en la tierra, podamos ser ensalzados hasta gozar eternamente de ti en el cielo. Amén.

### **Acto de confianza (S. Claudio de la Colombière)**

Estoy tan convencido, Dios mío, de que velas sobre todos los que esperan en Ti y de que no puede faltar cosa alguna a quien aguarda de Ti todas las cosas, que he determinado vivir de ahora en adelante sin ningún cuidado, descargándome en Ti de todas mis solicitudes: “En paz me duermo y al punto descanso, porque Tú, Señor, me has afirmado singularmente en la esperanza” (Sal 4,10).

Despójeme en buena hora los hombres de los bienes y de la honra, príveme de las fuerzas e instrumentos de serviros las enfermedades; pierda yo por mí mismo vuestra gracia pecando, que no por eso perderé la esperanza, antes la conservaré hasta el postrer suspiro de mi vida y vanos serán los esfuerzos de todos los demonios del infierno por arrancármela: “En paz me duermo y al punto descanso”.

Que otros esperen la dicha de sus riquezas o de sus talentos, que descansen otros en la inocencia de su vida, o en la aspereza de su penitencia, o en la multitud de sus buenas obras, o en el fervor de sus oraciones; en cuanto a mí, toda mi confianza se funda en mi misma confianza: “Porque Tú, Señor, me has afirmado singularmente en la esperanza” (Sal 4,10).

Confianza semejante jamás salió fallida a nadie: “Nadie esperó en el Señor y quedó confundido” (Sir 2,11). Así que seguro estoy de ser eternamente bienaventurado, porque espero firmemente serlo y porque eres Tú, Dios mío, de quien lo espero: “En Ti, Señor, he esperado; no quede avergonzado jamás” (Sal 30,2; 70,1).

Conocer, demasiado conozco que por mí soy frágil y mudable; sé cuánto pueden las tentaciones contra las virtudes más robustas; he visto caer las

estrellas del cielo y las columnas del firmamento, pero nada de eso logra acobardarme. Mientras yo espere estoy a salvo de toda desgracia y de que esperaré siempre estoy cierto, porque espero también esta esperanza invariable.

En fin, para mí es seguro que nunca será demasiado lo que espere de Ti y que nunca tendré menos de lo que hubiere esperado. Por tanto, espero que me sostendrás firme en los riesgos más inminentes y me defenderás en medio de los ataques más furiosos y harás que mi flaqueza triunfe de los más espantosos enemigos. Espero que Tú me amarás a mí siempre y que te amaré a Ti sin intermisión y, para llegar de un solo vuelo con la esperanza hasta donde puede llegarse, espero a Ti mismo, de Ti mismo, oh Criador mío, para el tiempo y para la eternidad. Amén.

## **Letanías de agradecimiento**

Gracias, Señor, por tus misericordias, que me cercan en número mayor que las arenas de los anchos mares y que los rayos de la luz del sol.

Porque yo no existía y me creaste, porque me amaste sin amarte yo, porque antes de nacer me redimiste, ¡gracias, Señor!

Porque bastaba para redimirme un suspiro, una lágrima de amor, y me quisiste dar toda tu sangre, ¡gracias, gracias, Señor!

Porque me diste a tu bendita Madre y te dejaste abrir el Corazón para que en Él hiciese yo mi nido, ¡gracias, gracias, Señor!

Porque yo te dejé y Tú me buscaste, porque yo desprecié tu dulce voz y Tú no despreciaste mis miserias, ¡gracias, Señor!

Porque arrojaste todos mis pecados en el profundo abismo de tu amor y no te quedó de ellos ni el recuerdo, ¡gracias, Señor!

Por todas estas cosas y por tantas que conocemos nada más Tú y yo y no pueden decirse con palabras, ¡gracias, Señor!

¿Qué te daré por tantos beneficios? ¿Cómo podré pagarte tanto amor? Nada tengo, Señor, y nada puedo, mas quisiera desde hoy que cada instante de mi pobre vida, cada latido de mi corazón, cada palabra, cada pensamiento, cada paso que doy sean como un clamor que se repita, lleno de inmensa gratitud y amor; gracias, Señor, por tus misericordias, ¡gracias, gracias, Señor!

## **Decálogo de la serenidad (Angelo Giuseppe Roncalli)**

1. Sólo por hoy trataré de vivir exclusivamente al día, sin querer resolver los problemas de mi vida todos de una vez.
2. Sólo por hoy tendré el máximo cuidado de mi aspecto: cortés en mis maneras, no criticaré a nadie y no pretenderé criticar o disciplinar a nadie, sino a mí mismo.
3. Sólo por hoy seré feliz en la certeza de que he sido creado para la felicidad, no sólo en el otro mundo, sino en éste también.
4. Sólo por hoy me adaptaré a las circunstancias, sin pretender que las circunstancias se adapten todas a mis deseos...
5. Sólo por hoy dedicaré diez minutos a una buena lectura; recordando que, como el alimento es necesario para la vida del cuerpo, así la buena lectura es necesaria para la vida del alma.
6. Sólo por hoy haré una buena acción y no lo diré a nadie.
7. Sólo por hoy haré por lo menos una cosa que no deseo hacer; y si me sintiera ofendido en mis sentimientos, procuraré que nadie se entere.
8. Sólo por hoy me haré un programa detallado. Quizá no lo cumpliré cabalmente, pero lo redactaré. Y me guardaré de dos calamidades: la prisa y la indecisión.
9. Sólo por hoy creeré firmemente -aunque las circunstancias demuestren lo contrario, que la buena Providencia de Dios se ocupa de mí, como si nadie más existiera en el mundo.
10. Sólo por hoy no tendré temores. De manera particular no tendré miedo de gozar de lo que es bello y de creer en la bondad.

## **Noverim me, noverim te (San Agustín)**

Señor Jesús, que me conozca a mí y que te conozca a Ti.

Que no desee otra cosa sino a Ti. Que me odie a mí y te ame a Ti. Y que todo lo haga siempre por Ti.

Que me humille y que te exalte a Ti. Que no piense nada más que en Ti. Que me mortifique, para vivir en Ti. Y que acepte todo como venido de Ti.

Que renuncie a lo mío y te siga sólo a Ti. Que siempre escoja seguirte a Ti. Que huya de mí y me refugie en Ti. Y que merezca ser protegido por Ti.

Que me tema a mí y tema ofenderte a Ti. Que sea contado entre los elegidos por Ti. Que desconfíe de mí y ponga toda mi confianza en Ti. Y que obedezca a otros por amor a Ti.

Que a nada dé importancia sino tan sólo a Ti. Que quiera ser pobre por amor a Ti. Mírame, para que sólo te ame a Ti. Llámame, para que sólo te busque a Ti. Y concédeme la gracia de gozar para siempre de Ti. Amén.

### **Nada te turbe (Sta. Teresa de Jesús)**

Nada te turbe, nada te espante, todo se pasa, Dios no se muda; la paciencia todo lo alcanza; quien a Dios tiene nada le falta: sólo Dios basta.

Eleva tu pensamiento, al cielo sube, por nada te acongojes, nada te turbe.

A Jesucristo sigue con pecho grande, y, venga lo que venga, nada te espante.

¿Ves la gloria del mundo? Es gloria vana; nada tiene de estable, todo se pasa.

Aspira a lo celeste, que siempre dura; fiel y rico en promesas, Dios no se muda.

Ámala cual merece bondad inmensa; pero no hay amor fino sin la paciencia.

Confianza y fe viva mantenga el alma, que quien cree y espera todo lo alcanza.

Del infierno acosado aunque se viere, burlará sus furores quien a Dios tiene.

Vénganle desamparos, cruces, desgracias; siendo Dios tu tesoro nada te falta.

Id, pues, bienes del mundo; id dichas vanas; aunque todo lo pierda, sólo Dios basta.

### **Dios mío, tengo necesidad de Ti (Bto. John Henry Newman)**

Dios mío, tengo necesidad de Ti, necesito que me instruyas cada día, tal como lo exige la jornada. Señor, concédeme una conciencia iluminada, capaz

de percibir y comprender tu inspiración. Mis oídos están cerrados y por eso no escucho tu voz. Mis ojos están tapados y por eso no veo tus signos. Solamente Tú puedes abrir mis oídos y sanar mi vista, puedes purificar mi corazón. Enséñame a estar sentado a tus pies y a escuchar tu palabra. No me has creado sin una finalidad. Tengo que completar tu obra. En el puesto que me has señalado, tengo que ser mensajero de paz.

### **Oración del buen humor (Sto. Tomás Moro)**

Concédeme, Señor, una buena digestión, y también algo que digerir. Concédeme la salud del cuerpo, con el buen humor necesario para mantenerla. Dame, Señor, un alma santa que sepa aprovechar lo que es bueno y puro, para que no se asuste ante el mal, sino que encuentre el modo de poner las cosas de nuevo en orden. Concédeme un alma que no conozca el aburrimiento, las murmuraciones, los suspiros y los lamentos, y no permitas que sufra excesivamente por ese ser tan dominante que se llama “Yo”. Dame, Señor, el sentido del humor. Concédeme la gracia de comprender las bromas, para que conozca en la vida un poco de alegría y pueda comunicársela a los demás. Así sea.

### **Oración para aprender a amar (Sta. Teresa de Calcuta)**

Señor, cuando tenga hambre, dame alguien que necesite comida; cuando tenga sed, dame alguien que precise agua; cuando sienta frío, dame alguien que necesite calor.

Cuando sufra, dame alguien que necesita consuelo; cuando mi cruz parezca pesada, déjame compartir la cruz del otro; cuando me vea pobre, pon a mi lado algún necesitado.

Cuando no tenga tiempo, dame alguien que precise de mis minutos; cuando sufra humillación, dame ocasión para elogiar a alguien; cuando esté desanimado, dame alguien para darle nuevos ánimos.

Cuando quiera que los otros me comprendan, dame alguien que necesite de mi comprensión; cuando sienta necesidad de que cuiden de mí, dame alguien a quien pueda atender; cuando piense en mí mismo, vuelve mi atención hacia otra persona.



Haznos dignos, Señor, de servir a nuestros hermanos; dales, a través de nuestras manos, no sólo el pan de cada día, también nuestro amor misericordioso, imagen del tuyo.

### **Oración para sonreír (Sta. Teresa de Calcuta)**

Señor, renueva mi espíritu y dibuja en mi rostro sonrisas de gozo por la riqueza de tu bendición.

Que mis ojos sonrían diariamente por el cuidado y compañerismo de mi familia y de mi comunidad.

Que mi corazón sonría diariamente por las alegrías y dolores que compartimos.

Que mi boca sonría diariamente con la alegría y regocijo de tus trabajos.

Que mi rostro dé testimonio diariamente de la alegría que tú me brindas.

Gracias por este regalo de mi sonrisa, Señor. Amén.

### **Oración por la curación interior (P. Gabriel Amorth)**

Señor Jesús, Tú has venido a curar los corazones heridos y atribulados; te ruego que cures los traumas que provocan turbaciones en mi corazón; te ruego, en especial, que cures aquellos que son causa de pecado.

Te pido que entres en mi vida, que me cures de los traumas psíquicos que me han afectado en tierna edad y de aquellas heridas que me los han provocado a lo largo de toda la vida.

Señor Jesús, Tú conoces mis problemas, los pongo todos en tu corazón de Buen Pastor. Te ruego, en virtud de aquella gran llaga abierta en tu corazón, que cures las pequeñas heridas que hay en el mío. Cura las heridas de mis recuerdos, a fin de que nada de cuanto me ha acaecido me haga permanecer en el dolor, en la angustia, en la preocupación.

Cura, Señor, todas esas heridas que, en mi vida, han sido causa de raíces de pecado. Quiero perdonar a todas las personas que me han ofendido, mira esas heridas interiores que me hacen incapaz de perdonar. Tú que has venido a curar los corazones afligidos, cura mi corazón.

Cura, Señor Jesús, mis heridas íntimas que son causa de enfermedades físicas. Yo te ofrezco mi corazón, acéptalo, Señor, purifícalo y dame los sentimientos de tu Corazón divino. Ayúdame a ser humilde y benigno.

Concédeme, Señor, la curación del dolor que me oprime por la muerte de las personas queridas. Haz que pueda recuperar la paz y la alegría por la certeza de que Tú eres la Resurrección y la Vida. Hazme testigo auténtico de tu Resurrección, de tu victoria sobre el pecado y la muerte, de tu presencia de Viviente entre nosotros. Amén.

### **Acordaos (S. Bernardo)**

Acordaos, oh piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir que ninguno de los que han acudido a vuestra protección, implorando vuestro auxilio y reclamando vuestra asistencia, haya sido desamparado. Animado por esta confianza a Vos acudo, Madre, Virgen de las vírgenes, y gimiendo bajo el peso de mis pecados me atrevo a comparecer ante Vos, Madre de Dios. No desechéis mis súplicas, antes bien, escuchadlas y acogedlas benignamente. Amén.

### **Oración para pedir la intercesión de S. José**

Oh, José, custodio amante de Jesús y de María, enséñame a vivir siempre en tan dulce compañía; sé mi maestro y mi guía en la vida de oración; dame paciencia, alegría y humildad de corazón. No me falte en este día tu amorosa protección ni en mi última agonía tu piadosa intercesión.

## **Preces litánicas por las vocaciones sacerdotales**

Señor Jesús, Buen Pastor, que mostrando a tus discípulos los campos llenos de mieses, les mandaste orar pidiendo al Dueño de la mies que enviase obreros a su heredad, escucha nuestras súplicas y concédenos abundantes vocaciones sacerdotales.

Para que se siga anunciando y viviendo tu Evangelio: Envía obreros a tu mies.

Para actualizar tu Pasión, Muerte y Resurrección.

Para que no falten ministros del Sacramento del perdón.

Para afirmar y aumentar nuestra fe.

Para guiar nuestras comunidades cristianas.

Para escuchar y acoger a todos los hombres.

Para acompañarles en la búsqueda de Dios Padre.

Para alentar nuestra esperanza.

Para sembrar esperanza en las personas desanimadas.

Para dar sentido a la vida y al dolor.

Para hacer más fecunda nuestra caridad.

Para anunciar el Reino de la gracia, la vida y la paz.

Para anunciar el Reino de la verdad, la justicia y el amor.

Para estar cerca de los sencillos, los pobres y los enfermos.

Para defender los derechos de todos los desvalidos.

Para compartir las inquietudes de los jóvenes.

Para descubrir en los jóvenes tu llamada.

Para acompañar a los jóvenes en su respuesta.

Señor Jesús, que quisiste dar pastores a tu pueblo, derrama sobre tu Iglesia el espíritu de piedad y fortaleza que suscite dignos ministros de tu Palabra y de tu altar y los haga testigos valientes y humildes del Evangelio. Amén.

